GONZALO CONTRERAS: *La ciudad anterior*. Santiago: Planeta, 1991.

ARTURO FONTAINE TALAVERA: *Oír su voz*. Buenos Aires: Planeta, 1992.

ALBERTO FUGUET. *Mala onda*. Santiago: Planeta, 1991.

Chile ha ganado admiración mundial por razones que habrían sido inimaginables alrededor de un decenio atrás. Es bastante sorprendente que un general de siniestros anteojos oscuros, con pocos miramientos por los derechos humanos, que derrocó un régimen marxista libremente elegido, se haya sostenido en el poder durante quince años. Más aun lo es que el general haya aceptado la realización de elecciones libres en 1988, fecha anunciada ocho años antes, aunque nadie creía que mantendría su palabra. Pierde las elecciones y se retira con elegancia. Entretanto, ha permitido a un grupo de economistas libertarios llevar a cabo la que quizás sea la mayor revolución de libre mercado en un país en desarrollo. El resultado es un crecimiento económico que promedia un siete por ciento anual, tasa que la coalición demócrata cristiana-socialista elegida mantiene cómodamente, apaciguando los temores de que por ser de centro-izquierda, abandonaría la ortodoxia económica.

Como consecuencia, la vida de la mayoría de los chilenos se ha transformado. El país ha adquirido un aire de clase media próspera, si bien subsisten bolsones de barrios marginales de pobreza. El estilo de la nueva prosperidad se asimila al de los suburbios estadounidenses. Con el correr de los años, Santiago empieza a parecerse más y más a Los Angeles, con chillones centros comerciales que se divisan entre el smog. La diferencia es la gente. En Chile, hay menos excéntricos individualistas. A diferencia de España, la revolución de libre mercado no ha demolido los imperturbables valores católicos y convencionales del *ancien régime*, reemplazado ahora por un gobierno dirigido por los demócrata cristianos, que son hoy la fuerza más conservadora de la política chilena. El país aún no tiene una ley de divorcio. El aborto no puede mencionarse. La iglesia es tan poderosa que la ostentación religiosa está de moda. Las damas de la sociedad se pelean por la absolución de los sacerdotes de sociedad. El libre mercado ha llevado la competitividad a las conversaciones de sobremesa de las comidas, pero los temas no son solamente el tamaño de la nueva piscina o las notas de niños; incluyen también a cuántos retiros se ha asistido en el año o en qué grupo de oración se participa.

No hay revista económica que no haya publicado artículos elogiosos acerca de Chile en los últimos años, y los economistas chilenos viajan por América Latina y Europa Oriental dando asesoría sobre la privatización. Lo que faltaba hasta ahora eran buenas novelas chilenas capaces de contar la historia desde dentro, en toda su complejidad, tal como ha afectado a las vidas privadas. Estas novelas están ahora apareciendo, y ansiosos editores y críticos del mundo hispánico están discutiendo lo que describen entusiastamente como "la nueva novela chilena". Hay diversos nuevos novelistas, tales como Carlos Franz, Marco Antonio de la Parra, Darío Osés y Marcela Serrano. Pero los más importantes son los que se comentan a continuación.

Los novelistas chilenos más reconocidos, como José Donoso y Jorge Edwards, escribieron acerca de los efectos del régimen de Pinochet en los años 80, pero ambos parecen haberse sentido obligados a estructurar un marco didáctico moral que respondiera a los abusos del régimen respecto de los derechos humanos, y con ello sufrió la objetividad literaria. Esto no es necesariamente una crítica. Me parece que en especial Donoso es una

de las voces más originales de la ficción latinoamericana, y en todo caso sus mejores novelas no adolecen de estos defectos. Los novelistas chilenos más jóvenes, en cambio, han podido adoptar una visión más relajada y desapasionada de la era de Pinochet: no tienen una reputación internacional que proteger, no necesitan enmarcarse en términos de lo “políticamente correcto”. Y, sin el beneficio de vivir en el extranjero, apenas si sabrían cómo comenzar a fabricar una novela chilena para los “políticamente correctos”, como lo hace por ejemplo Isabel Allende.

Alberto Fuguet, Gonzalo Contreras y Arturo Fontaine han producido novelas escritas adentro de Chile, para el lector chileno. No están actuando para ninguna galería internacional, no están obligados, por tanto, a desplegar estereotipos acerca de lo que Chile debiera o no debiera ser. Proporcionan un retrato del Chile tal como ha sido estos años. Y cada novelista tiene su propio ángulo personal.

Fuguet se especializa, tanto en los cuentos de *Sobredosis* como en su novela *Mala onda*, en el adolescente bien sin nada que hacer. (Cosa algo sorprendente, su héroe es Holden Caulfield, pero es que Chile aún se encuentra en una especie de curvatura del tiempo: Santiago, la última estación antes del Polo Sur, es en muchos sentidos un remanso.) Matías Vicuña, el malquistado narrador adolescente de *Mala onda*, crece en un Santiago que es como una réplica de las pequeñas ciudades estadounidenses en época de boom. No se rebela a causa de la crasa banalidad de la cultura americana de masas que invade, sino porque la réplica no se parece lo suficiente al original. Como cualquier adolescente chileno de clase media, ha ido a Orlando, Florida, y le molesta que los restaurantes de comida rápida de Santiago no sean exactamente iguales al verdadero Kentucky Fried Chicken.

Fuguet describe cómo era crecer en Santiago en los años ochenta, con una mirada directa, casi cándida. Lo hace en un estilo atrevido, coloquial, que tiene mucha gracia y que promete futuro. El ambiente (y se sospecha que también la inspiración) es el de los inicios de Bret Easton Ellis, pero principalmente la diversión infantil, no los agujonazos de *Menos que cero*. En general, los novelistas chilenos no se arriesgan demasiado, a excepción de José Donoso en *El obsceno pájaro de la noche*. La obra de Fuguet es atractiva, fácil de leer, auténtica dentro de sus limitaciones, pero tiene aún que probar su temple, que refutar una opinión que una vez le escuché a Donoso: que los novelistas chilenos no tienen la experiencia del dolor.

Ésta no es una crítica que pueda hacerse a *La ciudad anterior*, de Contreras, obstinadamente pesimista. Mientras Chile vive su boom, Contreras nos mantiene severamente confinados en una melancólica ciudad provinciana del desierto del norte. Todos están arruinados. El narrador es un vendedor de armas cortas recientemente abandonado por su esposa, a causa, según parece, de un aburrimiento letal. En el desagradable pueblo en el que decide vender su mercancía, hay dos formas de entretenimientos para elegir; las máquinas de flipper y las películas de karate. Él vive como pensionista con una familia en la que el padre, Blas, es inválido, y el hijo, Arturo, es un cretino. La esposa de Blas, Teresa, se enamora de este poco glamoroso narrador, y —típico de Contreras— su primera cita es en un cementerio. Uno de los otros personajes, Susana, es una ninfomaniaca de gustos poco exigentes, que toma como amante al cretino Arturo. *La ciudad anterior* es tan inexorablemente depresiva que, aunque breve, su lectura toma tiempo. Sin embargo, sus efectos son cumulativos y se queda en la memoria como un impresionante

cuadro del Chile provinciano que quedó atrás y como una sucinta metáfora de la melancolía universal.

La estrella de las “nuevas novelas” de Chile es sin duda *Oír su voz*, en la cual Arturo Fontaine se centra en 1982, un año de perturbaciones y dudas. Ese año, el milagro económico chileno se hizo trizas temporalmente, y el país parecía estar a punto de llegar a ser el ejemplo que demostraba el fracaso de la economía de libre mercado. Los sucesos de la novela transcurren a través de la visión de Pelayo, un periodista —principalmente entrevistador— acostumbrado a moverse en diferentes círculos sociales. La mayoría de sus compañeros de colegio se han especializado rigurosamente y encerrado en sus profesiones, para poder abrirse camino en el competitivo nuevo Chile. Pelayo, en cambio, revolotea entre las playas de moda, cafés de intelectuales y reuniones de directorio.

Oír su voz proporciona un magnífico retrato de los diferentes aspectos de ese Chile de los ochenta, país sometido a rápidas transformaciones. Pero no es meramente documental. La yuxtaposición de los distintos mundos le permite a uno verlos con perspectiva. Si, como lector, uno ha estado acompañando a un grupo de intelectuales, recién discutiendo “el concepto de la ficción”, uno está más alerta luego cuando es introducido a la sala de sesiones del directorio de una gran empresa. Y después del regateo de la mesa de dinero, uno sonríe cuando un intelectual hace una densa reflexión acerca de si el arte se encuentra en la mente o en la cosa. Los diversos grupos sociales en todo caso se nos muestran a partir del prisma descarnado e irónico de Pelayo, un observador implacable. En este recatado ambiente, comete adulterio, y en lugar de ocultarlo, se enamora de su amante, la estupenda Adelaida, y para ellos el sexo es una fiesta, que Fontaine describe con un regocijo poco común en el idioma español, y especialmente en Chile, donde es más corriente la prosa del Opus Dei.

El adulterio de Pelayo y Adelaida causa un escándalo inaudito. Muestra al Santiago de hoy como aproximadamente contemporáneo al San Petersburgo de *Ana Karenina*. Y como en *Ana Karenina*, su *affaire* pone de manifiesto la hipocresía imperante. Los amigos de negocios de Pelayo se reúnen para amonestarlo, no porque tenga una amante, sino porque no ha logrado disimularlo y porque se ha enamorado de ella.

Pelayo se mueve en el mundo de los negocios porque los magnates de la ciudad desean que maneje un canal de televisión que se va a privatizar y a través del cual esperan ejercer influencia política. Vemos la combinación de ferocidad y celo mesiánico que caracteriza a los financistas chilenos de comienzos de los años ochenta. Negocios escandalosos se conjugan con exclamaciones genuinamente idealistas, como “debemos liberar a Chile del subdesarrollo”.

En realidad, *Oír su voz* nos ofrece algo que es muy escaso en la literatura: un cuadro auténtico, no sesgado, del mundo de los negocios, que generalmente se aborda a través de *best sellers* y *thrillers* pertenecientes a la subliteratura. Es claro que Fontaine ha investigado su material, y nos pinta un retrato agudo de los empresarios chilenos en el trabajo y en el juego, con sus defectos y sus virtudes. Describe algunos terribles fracasos en los negocios en el año de la crisis financiera. Se ve a los magnates ascender y luego caer dramáticamente cuando la inflada moneda nacional es súbitamente devaluada. Muchos hombres ambiciosos que habían contraído préstamos excesivos en dólares quiebran casi al instante. Curiosamente, el gobierno contribuye a empujarlos al abismo. Los economistas, los “Chi-

cago boys” en el poder, estaban decididos en ese momento a no asumir ninguna responsabilidad por la crisis. Los “grupos económicos” irresponsables serían los chivos expiatorios.

Muchos de los empresarios de *Oír su voz* terminan en prisión, como efectivamente ocurrió en Chile en 1983. Pelayo observa desapasionadamente su humillación. Pero no escapa a su atención que los ídolos caídos sólo se preocupan de su propia humillación, de su propio ego herido. El dolor de la prisión es insuficiente para lograr que estos hombres aparentemente correctos reflexionen sobre sus responsabilidades morales para con los demás. A la hora del ajuste de cuentas, se evaporan los ahorros de más de 100.000 modestos chilenos que habían invertido en dudosas empresas; entre ellos, los ahorros de la nana de la familia de Pelayo, Leontina. Ciegamente confiada en que había ahorrado lo suficiente para comprarse una casa, lo pierde todo. Fontaine retrata estos inocentes con una fina delicadeza. Pasada la crisis, los magnates vuelven a concentrarse en el canal de televisión y deciden que Pelayo es demasiado inmoral para encargarse de él. ¿Cómo puede un adúltero sostener los valores de la “familia chilena”? Y lo echan.

Para un novelista con el talento de Fontaine, la estructura social de Chile, con su curiosa mezcla de hipocresía decimonónica y modernidad tecnológica, tiene un gran potencial literario. Por ejemplo, es posible reelaborar un tema de adulterio como si todas sus implicaciones decimonónicas estuvieran aún intactas. *Oír su voz* es una novela “católica” en el sentido en que lo son las novelas de Evelyn Waugh y de Graham Greene. (Curiosamente, las novelas “católicas” son escasas en el mundo de habla hispana, posiblemente porque allí el catolicismo se da por supuesto. O tal vez porque, si bien sus rituales son observados con ostentación, nadie se preocupa mayormente por su contenido.) Pelayo no es en ningún caso un verdadero rebelde. Es el descendiente desgajado de una familia “tradicional” y le preocupan sus pecados. No es sorprendente que uno de sus amigos le recuerde que era “el más religioso de todos nosotros”. Pelayo puede hallar la paz en la idea de que él es quizás mucho más decente que quienes lo condenan, pero esa paz se vuelve amarga por su ocasional incapacidad para pecar con confianza. El golpe de Dios se hace sentir cuando menos se espera. En el orgasmo, “el rostro de Adelaida, sudado, transido por el dolor del que angustiosamente resbala el placer, parecía el de una virgen andaluza, una piedad tal vez, una de esas doloridas de madera policromada creadas por Juan Martínez Montañés que Pelayo recordaba haber visto en Sevilla”. A diferencia de sus contemporáneos más frívolos, si bien más ostentosamente católicos, los placeres de Pelayo son minados por la culpa.

Fuguet, Contreras y Fontaine muestran que la cambiante sociedad chilena está generando una ficción narrativa original y variada. Sus novelas no se parecen. Y la promesa de lo que está por venir se confirma con el hecho de que todas éstas son primeras novelas.

DAVID GALLAGHER